

Tierra Santa, no habrá paz sin justicia
por Ignacio Santamaría

¿Y si España fuera, algún día, de mayoría musulmana?
por Álex Rosal

Problemas del islamismo en una sociedad occidental
por José Luis Orella

Nº 220 Viernes 13 de octubre de 2006

elforo.intereconomia.com

EL FORO

DE INTERECONOMÍA *especial islam*

DIARIO INDEPENDIENTE DE INFORMACIÓN GENERAL

Editorial

La actualidad de la política internacional ha puesto en el centro del debate político la religión islámica y, en especial, las



relaciones entre Occidente y los países musulmanes así como el difícil encaje del Islam en nuestras sociedades. Por ello, El Foro de Intereconomía presenta este especial sobre la religión de Mahoma, en colaboración con la revista de pensamiento Arbil, con una selección de artículos de fondo que analizan diversos aspectos del Islam.

Árabes cristianos, los grandes olvidados

Los acontecimientos internacionales traen a nuestras pantallas lugares históricos donde padecen los árabes cristianos. Aquellos que descienden de los primeros que recibieron la Fe del Señor. Sin embargo, enclavados en un mundo de mayoría islámica y un occidente secularizado que mira por sus intereses energéticos, los cristianos del próximo oriente se han convertido en los grandes olvidados.

En este momento, los cristianos árabes son minoritarios y se encuentran fraccionados en diferentes iglesias, dentro de las cuales pueden existir diversos ritos. Las causas de su división las encontramos en el remoto pasado, cuando las disputas de los Padres de la Iglesia era definir la naturaleza de Jesús.

La irrupción del Islam traspasó a las comunidades cristianas, que con el tiempo fueron convirtiéndose en minoritarias en su lugares de origen, y en muchos casos tuvieron que refugiarse en lugares montañosos donde la defensa era fácil en los momentos de matanzas. La llegada de los cruzados en 1099 permitió una breve época dorada para los cristianos árabes y la aparición de una pequeña comunidad católica latina árabe, procedente en su origen del resto de las comunidades.

En esta situación, de claro peligro de desaparición de los cristianos árabes, y ante el

silencio del mundo occidental secularizado, se hace cada vez más necesario el auxilio de los cristianos romanos a nuestros hermanos mayores. Tierra Santa no debe convertirse



en un museo, sino debe ser una tierra donde prosperen y se mantenga de manera permanente la presencia cristiana. La participación en peregrinaciones a Tierra Santa, la difusión que se haga de las acciones sociales y apostólicas llevadas por la Custodia de Tierra Santa etc... contribuyen a enraizar a los cristianos en su tierra y a evitar su marcha, manteniendo la presencia de nuestro Señor, en la tierra donde por primera vez se habló del Amor.

José Luis Orella

Tierra Santa: no habrá paz sin justicia

‘NO hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón’. Son palabras de Juan Pablo II pronunciadas durante la Jornada Mundial de la Paz. Fueron dichas con la mirada puesta en Tierra Santa donde se puede afirmar rotundamente que no habrá una paz estable y duradera si no está fundamentada en el cumplimiento de los derechos y exigencias de cada pueblo y en el perdón y la reconciliación.

El 15 de mayo de 1948, el rey Abdullah disparó un cañonazo simbólico en la ciudad de Jericó. Con este gesto declaraba la “guerra santa” al recién nacido Estado de Israel. Tropas de Egipto, Transjordania, Siria, Líbano, Arabia Saudita, Yemen e Irak entraron en combate de inmediato. Confiaban en su superioridad y creían que podían barrer del mapa a los judíos que se habían ido instalando desde hacía años en lo que consideraban su Hogar Nacional, pero su sorpresa fue mayúscula al descubrir que los nuevos moradores estaban perfectamente entrenados y equipados para el combate. Desde entonces han resultado invencibles en el campo de batalla, salvo contadas ocasiones. Medio siglo después, el 28 de marzo de 2002, se reunió en Beirut la cumbre de países árabes y aprobaron un plan de paz basado en el reconocimiento de la legitimidad del Estado de Israel. Son dos fechas separadas por un sinfín de acontecimientos trágicos y sangrientos, pero dos fechas que marcan una diferencia sustancial en la actitud de los Estados colindantes con Israel.

Durante 50 años, los israelíes se han aprovechado de su enorme superioridad económica y militar para expandirse territorialmente, alegando la necesidad de garantizar su seguridad, apelando a la legítima defensa, preocupados por su supervivencia en medio de vecinos hostiles y peligrosos. A partir de ahora esta postura belicosa, estrechamente ligada al sionismo desde sus orígenes, está menos justificada. Si bien es cierto que la amenaza persiste en tanto en cuanto existan movimientos fundamentalistas como Hamas, Hezbollah o la Yihad Islámica, no es conculcando los derechos de otros pueblos como Israel va a conseguir mayor seguridad.

Y sin embargo, asistimos con estupor a una espiral de violencia incontenible. Con sus provocaciones, Ariel Sharon logró avivar todavía más la llama del terrorismo palestino utilizándolo como excusa para llevar a cabo la ofensiva militar más devastadora que se recuerda desde la guerra del Líbano. El terrorismo, sea del signo que sea, hay que combatirlo porque muestra un desprecio intolerable por la vida y la humanidad. Pero las respuestas israelíes no ha sido en absoluto defensiva y selectiva, sino todo lo contrario: ofensiva y generalizada. Belén, Ramala, Nablus, Hebrón, Yenín, ...todas las grandes poblaciones palestinas han sufrido cada día desde el pasado mes de abril el hostigamien-

to, las muertes indiscriminadas, los saqueos y la destrucción por parte de los soldados israelíes que han concatenado la operación Muro defensivo con la operación Reacción en cadena. Podemos apreciarlo en el relato de Riad Melki, profesor universitario, vecino de Ramala y presidente de la ONG Panorama que lleva a cabo proyectos de ayuda humanitaria en los territorios palestinos.

“Día tras día la misma rutina. Te levantas por la mañana sólo para esperar a que los soldados israelíes entren en tu

casa para buscar, detener o destruir. No sólo han empleado tanques, también helicópteros, aviones de combate F-16, excavadoras y cañonazos para destruir todo y para eliminar la mera existencia de los palestinos en esta tierra. Nunca paran, no se toman ni un descanso. Parece que actúan contra reloj, intentando infligir el mayor daño posible a la infraestructura palestina, sus instituciones públicas y sus



servicios básicos. Si como dicen, están combatiendo el terrorismo ¿Por qué atacan hospitales, ambulancias, escuelas, iglesias y mezquitas, centros comerciales, conducciones de agua, líneas eléctricas y alumbrado?”

Sharon ha traspasado todos los límites. Tratando a la Autoridad Nacional Palestina y a su presidente como terroristas, ha eliminado todas las posibilidades de diálogo; ha intentado borrar del mapa toda la infraestructura de la autonomía palestina, nacida de los acuerdos de Oslo -que por otra parte habían sido rechazados por Hamas y la Yihad-; ha dado varios portazos a la comunidad internacional; ha perpetrado una matanza en el campo de refugiados de Yenín y ha impedido que la ONU lo investigue; ha atacado y asediado la Basílica de la Natividad, en Belén, el lugar donde nació Cristo. ¿Qué se propone el primer ministro israelí?

Su plan consiste en dejar sin efecto todo el proceso de paz, en borrar de la historia toda una década, la de los años 90, en la que han tenido lugar los acuerdos de paz más importantes entre palestinos e israelíes. Su ensañamiento no sólo viene de la exasperación y la impotencia que producen en él y en sus compatriotas los continuos atentados terroristas provocados por los kamikazes fundamentalistas, sino también de que su tiempo es limitado. Hace un mes, este general veterano se enfrentó nada menos que a cuatro mociones de censura y para sortearlas tuvo que aliarse con sectores aún más belicistas. Tiene prisa por infligir el mayor daño posible a los palestinos. Las elecciones están a la vuelta de la esquina y una posible alianza entre los laboristas, los partidos árabes y los pacifistas podrían desalojarle del poder. En sus propias filas tiene también a un rival siempre dispuesto a plantarle batalla: Benjamín Netanyahu. Por eso Sharon necesita perpetuar el conflicto en sus términos más duros y cruentos.

Islam y Cristiandad: la guerra de los mil y un años

Para Fukuyama, Huntington y otros autores, nos encontramos ante diversas manifestaciones del choque entre civilizaciones, en concreto, entre la musulmana y la cristiana. Benjamin Barber, por su parte, insiste en que el conflicto civilizacional se está dando exclusivamente entre el yihadismo musulmán más radical y la globalización cultural anglosajona. Unas reflexiones en torno a estas teorías históricas y geopolíticas y un repaso a la realidad del terrorismo islámico, la inmigración masiva de musulmanes a Europa, la persecución sufrida por los cristianos en los países musulmanes y la ciega actitud de muchos intelectuales españoles ante el islam que les lleva a falsificar la historia

Corría el verano del año de gracia de 1993 y los ecos del entusiasmo por el final de la Guerra Fría y la rotunda victoria del capitalismo anglosajón en su enfrentamiento con el totalitarismo comunista empezaban a apagarse en Occidente. Ya surgían voces que calificaban de “bobada triunfalista” la tesis del final de la historia del ultraliberal Francis Fukuyama, cuando aparecía publicado en la prestigiosa revista norteamericana *Foreign Affairs* un artículo de enorme resonancia.

Este artículo, titulado entre interrogantes *A clash of Civilizations?*

(¿Un choque de civilizaciones?), ha generado desde entonces más debate y artículos a favor y en contra en el medio académico anglosajón que ningún otro desde que al principio de la Guerra Fría se publicara el clásico artículo sobre la doctrina de la contención nuclear estratégica. En este artículo se afirmaba, en resumidas cuentas, que tras la Guerra Fría entre capitalismo y comunismo se avecinaba una nueva lucha global entre civilización cristiana y civilización islámica.

Ciertamente, la polémica fue muy virulenta. Sirva como botón de muestra decir que el columnista izquierdista Matthew Josephson descalificó la “sofística militarista y brutal” del artículo, llegando a comparar a su autor con Benito Mussolini en una ácida reseña publicada en la revista de opinión norteamericana *The Nation*. En España los intelectuales de guardia de la llamada *caviar gauche* se apresuraron a descalificar como “fascistoide” y “maniquea” la tesis que presentaba el artículo. Son los mismos que no dudaron en afirmar, tras el atentado del 11 de Septiembre, que “la culpa es de Dios” (la fe religiosa se sobreentiende), todo con tal de no identificar al verdadero enemigo

Tras todo este ruido mediático y académico, el autor del artículo de marras, el norteamericano Samuel Philips Huntington, catedrático en la Universidad de Harvard, publicaba tres años después un libro basado en su artículo de *Foreign Affairs* y con el mismo título, pero ahora suprimiendo los signos de interrogación. Lo que había sido una hipótesis se convertía en tesis.



No sin cierta razón. Frente al optimismo naive del señor Fukuyama, apologeta del liberalismo a sueldo del Departamento de Estado que anunciaba cual apóstol el final de la historia y el advenimiento definitivo de una sociedad liberal cuasi-eterna y universal, la nueva teoría geopolítica que exponía el profesor Huntington resumaba lo que algunos exegetas de izquierda descalificaron como “pesimismo tremendista”. A la vista de lo que ha ocurrido después no nos queda más remedio que definirlo como “realismo futurista”. Y es que el 11 de Septiembre de 2001 pesa hoy mucho en las conciencias.

Huntington alertaba en su artículo de que la guerra de Bosnia (con un antecedente directo en la guerra de Afganistán entre comunismo soviético y yihadismo wahabí) marcaba el comienzo de un nuevo tipo de conflicto: el civilizacional.

Según su análisis, las guerras de nuestra época se darían en las fronteras entre civilizaciones y no en las fronteras nacionales, étnicas o ideológicas dentro de una civilización como había sido la norma durante la Edad Contemporánea (liberalismo vs. tradicionalismo, liberalismo vs. comunismo y fascismo vs. comunismo). Las guerras napoleónicas, la Segunda Guerra mundial y la treintena de guer-

rras localizadas (Corea, Vietnam, guerrillas del Tercer Mundo..) que tuvieron lugar durante Guerra Fría se explicaban de esta forma. Pero no ya los nuevos conflictos.

En el fondo de la cuestión, en mi opinión, yace un hecho: a la Izquierda y a algunos liberales siempre les ha gustado, ya desde el siglo XIX, la exaltación de lo que a lo largo de la historia ha sido ‘el otro’, la ‘alteridad’, lo ‘extranjero’. Esto es propio de la crisis de identidad de aquellos ideológicamente esquizoides que reniegan de sí mismos.

Hablamos de ese concepto, tan denostado hoy, de la anti-España, es decir, todo aquello que sea la antítesis de esa España católica y tradicional, portadora de valores universales, Madre de la Hispanidad, a la que los intelectuales de izquierdas aborrecen. Sean los andalusíes, los sefardíes, los alumbrados o los afrancesados, lo mismo da. El caso es ensalzar y presentar como modelo ejemplarizante la imagen invertida del arquetipo original hispánico, reflejada en el espejo de la mezquindad de aquellos que no aman sus raíces porque odian su historia y tradiciones.

En definitiva, nunca debemos dejar en el olvido la lección del trágico año 711: la caída de la España goda, primera monarquía católica de nuestra historia, se debió a la división y a la traición. Los hijos de Vitiza siguen aún entre nosotros: son los derrotistas y los entreguistas, aquellos que niegan la dimensión de la amenaza o la minimizan. O aquellos a los que, simplemente, les da igual que España sea musulmana o pagana con tal de que no sea católica.

La batalla de Viena de 1683: La civilización se salva del peligro islámico

LA unión de los príncipes europeos salva la civilización de la invasión turca. También siglo y medio antes la intervención del Rey de España había sido fundamental para salvar Viena, de la misma manera de la posterior batalla de Lepanto.

El escenario político-militar en la segunda mitad del siglo XVII, el siglo terrible que trastornó y cambió para siempre a Europa, se presenta todo menos pacífico. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648), iniciada como guerra de religión, prosiguió como conflicto entre la Casa reinante francesa de los Borbones y los Habsburgo para quitar a estos últimos la hegemonía sobre Alemania, derivada de la autoridad imperial. Para alcanzar este objetivo el primer ministro francés Armand du Plessis, cardenal duque de Richelieu (1585-1642), inaugurando una política fundamentada en el sólo interés nacional en detrimento de los intereses de la Europa católica, se alía con los príncipes protestantes.

Los Tratados de Westfalia de 1648 sancionan el debilitamiento definitivo del Sacro Imperio Romano en Alemania, asolada y dividida entre católicos y protestantes y fraccionada políticamente, y establece la hegemonía del rey de Francia Luis XIV (1638-1715). El papel predominante alcanzado en Europa empuja al Rey Sol a aspirar a la misma corona imperial y, con esta perspectiva, no duda en buscar la alianza con los otomanos, mostrándose indiferente a todo ideal cristiano y europeo. En las postrimerías del siglo la Europa cristiana está abatida y replegada en sí misma entre divisiones religiosas y luchas dinásticas, mientras la crisis económica y el descenso demográfico, consecuencias de la guerra, completan el cuadro y lo vuelven especialmente vulnerable.

El imperio otomano, que ya había conquistado los países balcánicos hasta la llanura húngara, fue detenido el 1 de agosto de 1664 en su avance por los ejércitos imperiales guiados por Raimundo Montecuccoli (1609-1680) en la batalla de San Gotardo, en Hungría.

Poco tiempo después, empero, bajo la enérgica guía del Gran Visir Kara Mustafá (1634-1683), la ofensiva turca se reanuda, alentada inconscientemente por Luis XIV en su desaprensiva política anti-habsburgo, y se aprovecha de la debilidad en que se hallan Europa y el Imperio.

Sólo la República de Venecia entabla combate con los turcos a lo largo de la costa del Egeo y por cada metro de Grecia y Dalmacia, combatiendo orgullosamente en la que fue su última y gloriosa guerra como estado independiente, que culmina en la caída de Candia en 1669, defendida heroicamente por Francisco Morosini el Peloponesiaco (1618-1694).

Tras Creta, en 1672 la Podolia - parte de la actual Ucrania - es sustraída a Polonia y en enero de 1683, en Estambul, los estandartes de guerra son orientados hacia Hungría y un inmenso ejército se pone en marcha hacia el cora-

zón de Europa, bajo la guía de Kara Mustafá y del sultán Mehmet IV (1642-1693), con la intención de crear una gran Turquía europea y musulmana con capital en Viena.

Las pocas fuerzas imperiales - apoyadas por milicias húngaras guiadas por el duque Carlos V de Lorena (1643-1690) - tratan inútilmente de resistir. El gran caudillo al servicio de los Habsburgo toma el mando a pesar de estar todavía convaleciente de una grave enfermedad que lo había llevado al umbral de la muerte, de la cual - se dice - lo salvaron las oraciones de un padre capuchino, el venerable Marco da Aviano (1631-1699). El religioso italiano, enviado por el Papa ante el Emperador e infatigable predicador de la cruzada anti-turca, aconseja que todas las insignias imperiales lleven la imagen de la Madre de Dios. Desde entonces las banderas militares austriacas mantendrán la efigie de la Virgen a lo largo de dos siglos y medio, hasta el

momento en que Adolfo Hitler (1889-1945) las hizo retirar.

La victoria de Kalhenberg y la liberación de Viena son el punto de partida para la contraofensiva dirigida por los Habsburgo contra el imperio otomano en la Europa danubiana, que conduce, en los años siguientes, a la liberación de Hungría, de Transil-

vania y de Croacia, dando además la posibilidad a Dalmacia de seguir siendo veneciana. Es el momento en el que se manifiesta con mayor fuerza la grandeza de la vocación y de la misión de la Casa de Austria en la redención y la defensa de la Europa sur-oriental. Para realizarla moviliza bajo las insignias imperiales los recursos de alemanes, húngaros, checos, croatas, eslovacos e italianos, asociando venecianos y polacos, construyendo aquel imperio multiétnico y multirreligioso que dará a la Europa Oriental estabilidad y seguridad hasta 1918.

La gran alianza, que consigue tomar vida en el último momento merced al Papa Inocencio XI, recuerda la empresa y el milagro realizados un siglo antes gracias a la obra del Papa san Pio V (1504-1572) en Lepanto, el 7 de octubre de 1571. Por el giro impreso a la historia de Europa Oriental, la batalla de Viena puede ser comparada a la victoria de Poitiers en 732, cuando Carlos Martel (688-741) detiene el avance de los árabes. Y la alianza que en 1684 es ratificada con el nombre de Liga Santa registra un acuerdo único entre alemanes y polacos, entre imperio y emperador, entre católicos y protestantes, alentada e impulsada por la diplomacia y por el espíritu de sacrificio de un gran Papa, encaminado a la consecución del objetivo de la liberación de Europa de los turcos.

En aquel año se realiza una hermandad de armas cristiana que da lugar a la última gran cruzada que, tras la victoria y desaparecido el peligro, fue pronto olvidada, con lo que, tras Viena, en Europa las "campanas de los turcos" callan para siempre.

Renato Cirelli y T. Angel Espósito



¿Y si España fuera, algún día, de mayoría musulmana?

Para paliar el invierno demográfico que padecemos, y, a la vez, evitar en el futuro la persecución religiosa de los cristianos en Europa, debemos propiciar la emigración de cristianos.

Hace pocos meses, Donnie Lama, un seglar católico, fue expulsado de Arabia Saudí, tras pasar 18 meses en la cárcel. Donnie había sido detenido por la policía por llevar una fotografía de una celebración clandestina de la Palabra de Dios. Le acusaron de ser sacerdote. Fue interrogado y torturado, y querían obligarle a firmar una declaración reconociendo su culpabilidad en un asesinato, que, por supuesto, no había cometido. ‘Me salvó mi fe y la de las per-

social, cultural y jurídica. El fin último del Islam es una sociedad basada íntegramente sobre determinadas visiones políticas. Por eso, no hay espacio para otras creencias. No se concibe el derecho de profesar otra fe que no sea el Islam.

Y digo toda esta parrafada para comentar las declaraciones que realizó hace ya un tiempo el cardenal Biffi, arzobispo de Bolonia, solicitando que se prime en Italia la inmigración cristiana, con el fin de mantener la cohesión social. No es tema baladí. La envejecida Europa necesita en los próximos años de muchos millones de personas que puedan garantizar la productividad de las empresas.



sonas que rezaron por mí’, dice Lama. Y es que Arabia Saudí, que tiene una población flotante de más de seis millones de personas -la mayoría de ellas de creencia cristiana-, no permite a los no musulmanes construir lugares de culto ni celebrar actos litúrgicos, ni en público ni en privado. No se pueden realizar actividades misionales, y un árabe musulmán que se convierte al catolicismo sabe que ese acto está señalado con la pena capital.

Desgraciadamente, es raro el día en el que no aparecen en los periódicos noticias de persecuciones de cristianos por parte de fundamentalistas musulmanes.

Si no es en la India, es en Pakistán; o en Argelia. Recientemente, los cristianos han sido expulsados de Molucas, perseguidos en Egipto o abrasados en Timor. En todos aquellos países en donde los musulmanes son mayoría, aplastan inmisericordemente a las minorías cristianas. Y es que el Islam no sólo es una religión.

Es mucho más. Quien se convierte al Islam, realiza no sólo un gesto religioso, sino también una elección política,

Y surgen muchas preguntas delicadas: ¿Qué pasaría si España o Europa fuera algún día de mayoría musulmana? ¿Tendríamos, los cristianos, los mismos derechos religiosos que disfrutaban en la actualidad, y en nuestro entorno, los seguidores de Alá, o, por el contrario, nos veríamos relegados al “infierno” que soportan “nuestros hermanos en la fe” en los países de mayoría musulmana? ¿Deberíamos primar la inmigración cristiana que viene del Tercer Mundo, o, por el contrario, no hacer distinciones de religión? O acaso, ¿no será también una oportunidad para dar a conocer a Jesucristo a los musulmanes? Todas estas preguntas tienen difícil respuesta, pero hay que comenzar a formularlas. No son escenarios virtuales o historias de ciencia ficción. La Historia pasada, y el presente, nos facilitan muchos datos para contestar. Hay que agradecer al cardenal Biffi que haya agitado la caja de Pandora para que reflexionemos un poco a la luz del Evangelio. El debate está servido. ¿Quién coge el guante?

¿Qué se esconde bajo una mezquita?

La mezquita no sólo es lugar de oración, sino, y principalmente, lugar donde se discuten, se toman y se imponen las consignas sociales y políticas a los ‘creyentes’ musulmanes, que antes que sentirse miembros de la sociedad del país que le acoge son seguidores de un credo opuesto a los valores de las sociedades occidentales.

Cuando se discute acerca de la posibilidad de construir una mezquita o de conceder terrenos para el mismo fin, es necesario no dar por supuesto el conocimiento del objeto de la discusión.

La mezquita no es una iglesia musulmana, tiene sus funciones y sus normas. Hay una tendencia debida a la ignorancia del otro, a pensar que, en definitiva, el otro es más o menos idéntico a mí, o al menos parecido. En cambio tenemos que reconocer al otro como distinto, si no queremos admitirlo mentalmente. Por lo tanto, para entender lo que es una mezquita, hay que dirigir la mirada al Islam.

En la tradición musulmana, la mezquita (giâmi) es el lugar donde se reúne la comunidad (como indica el nombre de giâmi, la raíz gm significa reunir) para arreglar todos sus asuntos: cuestiones sociales, culturales, políticas, como también para rezar. Todas las decisiones de la comunidad se toman en la mezquita. Querer limitar la mezquita a “un lugar de oración” es violar la tradición musulmana.

El viernes (yawm al-giumú ah) es el día en el que la comunidad se reúne (como indica el nombre giumú ha). Se reúne a mediodía para la oración pública seguida por la kutbah, esto es, por el discurso, que no es un pregón. Este discurso trata las cuestiones de la hora presente: políticas, sociales, morales, etc.. En muchos países musulmanes - por ejemplo en Egipto, el más poblado país musulmán árabe - todas las mezquitas son vigiladas los viernes, y las más importantes, acordonadas por la policía especial. La razón es sencilla: las decisiones políticas salen de la mezquita durante la khutbah del viernes. En la historia musulmana, casi todas las revoluciones y los levantamientos populares salieron de las mezquitas. La Jihâd, esto es, “la guerra en el camino de Dios”, obligación de todo musulmán de defender la comunidad, es proclamada siempre en la mezquita, en la khutbah del viernes.

Es por lo tanto un error, hablando de la mezquita, hablar únicamente de un “lugar de culto”. Como también es un error, hablando de la libertad de construir mezquitas, hacerlo en nombre de la libertad religiosa, en tanto que no se trata solamente de un lugar religioso, sino de una realidad polifacética (religiosa, cultural, social, política, etc.).

No se debe olvidar que el lugar dedicado a la oración del viernes es considerado por los musulmanes espacio sagrado que queda para siempre en manos de la comunidad, la cual decide quién tiene la facultad de ser admitido y

quién en cambio lo profanaría. Por esta razón no se puede otorgar un terreno, por ejemplo por 50 años, para edificar una mezquita: este terreno jamás podrá ser devuelto.

Finalmente hay que preguntarse quien financia mezquitas y centros islámicos. No es un secreto para nadie que gran parte de las mezquitas y centros islámicos de Europa son financiadas por gobiernos foráneos, en especial por Arabia Saudí, que también impone a sus imanes. Ahora bien, es archiconocido que en el mundo islámico sunita Arabia Saudí representa la tendencia más rígida, denominada wahhabita. No son éstos imanes los que podrán ayudar a los inmigrantes a integrarse en la sociedad occidental, ni a asumir la modernidad, condiciones necesarias para una convivencia serena con los autóctonos.



Tras haber aclarado el objeto de la discusión, nos permitimos algunos elementos de juicio. Permitir a los musulmanes tener lugares de oración en Occidente se da por supuesto. Sería con mucha probabilidad más conforme al contexto sociológico de los inmigrantes tener musallâs, esto es, “capillas” donde podrían reunirse para rezar. También les saldrían más baratas. La mezquita, en tanto que centro

socio-político-cultural musulmán, no puede entrar en la categoría de lugares de culto. Necesita ser examinada como tal. A la pública administración compete estudiar cómo ejercer un cierto control sobre tales centros, vista la función política que asumieron en la tradición islámica.

No se entiende en cambio, en base a cual razón una administración local tendría que regalar el terreno o una parte de la construcción. La oposición que se manifiesta un poco por toda Europa a la edificación de mezquitas puede estar originada por sentimientos de xenofobia, pero con más probabilidad procede del temor que se trate de un acto político de afirmación de una identidad distinta bajo todos los aspectos, demasiado ajena a la cultura y civilización occidental.

Si un centro musulmán sirviera para ayudar a los emigrados a integrarse en la sociedad europea, promoviendo cursos y otros servicios, habría que alentarlos, pues se trataría de construir juntos, emigrados y autóctonos, una sociedad común y solidaria. Cabría promocionarse (también materialmente) la constitución de grupos o asociaciones mixtos, constituidos por emigrados (no solamente musulmanes) y autóctonos, para fortalecer la integración de aquéllos en las sociedades europeas y la apertura hacia los inmigrantes. Teniendo en cuenta la tradición musulmana de no distinguir religión, tradiciones, cultura, vida social y política, es importante que los responsables se informen bien para poner en práctica estas distinciones y estén muy atentos a no alentar la politización (bajo cualquier forma) de los grupos de emigrados (sean o no sean musulmanes)

Samir Khalil Samir S.J y T. Ángel Expósito Correa

El trasfondo ideológico del presidente iraní Ahmadineyad: La relectura chiísta de la religión chiíta

TRAS las amenazas del gobierno iraní de retomar el proyecto de Jomeini de borrar del mapa al Estado de Israel (proyecto, en realidad, compartido por muchos países y poblaciones musulmanas), se hace necesario conocer la ideología que ha dado lugar al 'chiísmo'. Para ello me serviré de un artículo publicado en Italia por uno de los mayores expertos en temas de nueva religiosidad y terrorismo islámico, Massimo Introvigne.

'Hay un punto que pasa inadvertido por completo a la izquierda y a los pacifistas [como también a cierta "derecha", que subestiman los proclamas del presidente iraní Ahmadineyad. Es la vuelta en Irán del jomeinismo más extremista. Se trata de una ideología de destrucción y de muerte incluso más peligrosa que la de Al Qaeda, que ciertamente tiene una larga preparación en el círculo de Jomeini pero que se concreta durante los durísimos nueve años de guerra (1980-1988) entre Irán y el Iraq de Sadam, que se cobraron más de un millón de muertos.

'En este clima apocalíptico llega a su cumplimiento un proceso de auténtica reinención de la tradición chiíta. Según la fórmula del sociólogo francés Farhad Khosrokhavar se pasa de la religión musulmana chiíta a algo completamente distinto, el "chiísmo", una ideología fundamentada en una preeminencia absoluta de la política sobre la religión que la tradición chiíta jamás había conocido. El proceso pasa por la relectura de la figura - central en la devoción de todo fiel de la Shia - de Husayn, el tercer imán de los chiíes fallecido en la batalla de Karbala contra el ejército suní. En el islam chiíta tradicional Husayn es una figura tan elevada que cualquier hipótesis de imitar su martirio sería sacrilega.

'La reinterpretación chiísta revolucionaria humaniza Husayn, pone en un segundo plano las características sobrenaturales y milagrosas que le había atribuido la religiosidad popular, y lo torna susceptible de ser tomado como modelo por el común de los fieles. En el clima de efervescencia religiosa generado por la rápida secuencia revolución-guerra contra Iraq, la imitación de la figura de Husayn se convierte en la búsqueda exasperada del martirio. El joven mártir jomeinista que se lanza repleto de tritol contra objetivos iraquíes busca la imitación de Husayn y la muerte como atajo para el Paraíso.

'El terrorismo suicida aparece por primera vez con grupos chiíes filoiraníes en Líbano. Es la reinterpretación jomeinista de la cultura chiíta la que construye, muchos años

antes que Ben Laden, una cultura que enseña a amar la muerte "como Occidente ama la vida". Son los argumentos teológicos de los ayatolás de Teherán que los Hizbolá libaneses, chiíes, invocan para justificar los atentados suicidas que empiezan a cometer en los años 1982-1983. Solamente en un segundo tiempo ésta teología "chiísta" será exportada a grupos suníes como Hamas y Al Qaeda. El he-



cho que se pase de una guerra entre dos Estados soberanos como aquélla entre Irán e Iraq a las operaciones de organizaciones privadas no parece plantear serios problemas a los terroristas. Vivida en una dimensión local o global, se trata siempre de una lucha única entre el Bien y el Mal. Quien encarna el Mal como "el judío" o "el americano" no es percibido como verdaderamente humano, y toda forma de masacre o de exterminio es legítima.

El chiísmo del ala más extrema del jomeinismo no es hoy la única forma de cultura religiosa difundida en el mundo chiíta. Liberado de la mordaza de Sadam Hussein, el mundo chiíta iraquí del Gran Ayatolá Sistani, a cuyo grado de autoridad ninguno de sus colegas en Irán puede aspirar, predica la versión tradicional de una Shia que distingue entre autoridad política y religiosa y condena el terrorismo. Es frente a la insidia que, con Sistani, prevalezca entre los chiíes un islam moderado que arrolle su régimen que Ahmadineyad vuelve a catapultar la ideología chiísta. Una ideología que nunca se limitó a las palabras sino que siempre ha sembrado muerte y destrucción'.

Por ahora es suficiente. En próximos artículos trataremos otros aspectos del peligro iraní y de sus vínculos con el antisemitismo y las teorías de la conspiración.

Extractos de una conversación.

Problemas del Islamismo en una sociedad occidental

POR su interés entresacamos la transcripción de algunos momentos de una conversación con Samir Khalil en la que participaba José Luis Orella. Samir Khalil es natural de El Cairo (Egipto), miembro de la Compañía de Jesús, profesor de la Universidad St. Joseph de Beirut, del Pontificio Instituto Oriental de Roma, del Pontificio Instituto de Estudios Árabes e islámicos de Roma, fundador del Centre de Documentation et de Recherches Arabes Chretiennes y presidente de la International Association for Christian Arabic Studies

- *¿Cree que los musulmanes pueden cambiar el modo que tienen de vivir su religión musulmana?*

SKS: Sí, siempre y cuando Europa se afiance en defender su identidad, la carta universal de los derechos humanos. Esa carta es universal, no como la que hace unos años hicieron algunos países musulmanes, una carta musulmana de los derechos humanos. Con esa identidad, Europa puede tener apertura. Y los musulmanes han de aceptar vivir en una Europa con las condiciones de Europa, no viniendo a promover en Europa un proyecto musulmán utilizando el esquema tolerante europeo, que está muy extendido entre los musulmanes. Europa es estúpida si no ve eso, si no se da cuenta de que pueden usar la tolerancia para islamizar Europa.



- *¿Cómo se islamiza una sociedad no islámica?*

SKS: Cuando van adquiriendo fuerza social, los musulmanes exigen que las leyes les reconozcan como minoría distinta, y cuando de una minoría de un cinco o diez por ciento llegan a tener ya la presencia de un treinta por ciento, como el caso de Malasia o de Mindanao en Filipinas, exigen la islamización de la sociedad. Y cuando el islam ha ido adquiriendo zonas de poder e influencia, nunca retrocede. España ha sido el único caso en la Historia. La única posibilidad que yo veo de modernizar el islam es que cuando las siguientes generaciones de inmigrantes en Europa vean que pueden vivir su fe sin modificar el marco social y político, acepten esa posibilidad.

- *¿Cómo vive la minoría cristiana en un país musulmán?*

SKS: La religión islámica está pensada magníficamente como control social y político. La convivencia es siempre como minoría y con la tendencia a desaparecer, aunque algunos líderes islamistas están dándose cuenta de que es negativo para ellos. Los cristianos árabes somos plenamente árabes, aunque no compartamos la fe musulmana. Somos

más libres que los musulmanes, puesto que podemos aportar una mirada crítica sobre la realidad. Actualmente nos ven como posibles aliados o espías de Occidente, y nos dirigen las mismas acusaciones que dirigen al imperialismo occidental. La línea del entendimiento con ellos, que es la de Juan Pablo II, es la de la defensa de los derechos humanos, de la justicia social. En materia social hay un profundo entendimiento entre musulmanes y cristianos, porque hay un visión del hombre coincidente en muchos elementos.

- *¿Qué significa España para un árabe cristiano?*

SKS: Para nosotros, España es un símbolo. Europa y Occidente no tienen ya la experiencia de vivir con un grupo dominante de presión constante en nombre de la religión. Además, el islam, históricamente, nunca ha retrocedido en aquellos lugares en los que se ha ido asentando, a

excepción de España. España es el único caso en el que un pueblo cristiano recuperó lo que los musulmanes le habían arrebatado. Además, la Reconquista no fue una cruzada, los árabes también los musulmanes nunca hablamos de "cruzada", hablamos y hablan de las guerras de los francos, de los amalfitanos y de los venecianos luego. Se ve

como la sucesión normal de los acontecimientos y de las relaciones entre los pueblos en aquel momento histórico. Para mí, España representa la reacción católica de un pueblo, consciente de su identidad, que pone los medios aptos para recuperarla.

- *Entonces, ¿qué piensa de las revisiones históricas que rechazan ese hecho?*

SKS: Me sorprende que los occidentales y sobre todo los españoles nieguen eso. La Historia está hecha de flujos y reflujos. Hoy Europa no hace autocrítica, que es buena, sino que hace autodestrucción porque no quiere asumir su historia. Asumir la propia historia es distinguir lo bueno de lo malo pero sentirse orgulloso de que sea esa su propia historia, sin rechazarla.

- *¿La civilización árabe es sinónimo de musulmana, como muchas veces se trasmite en occidente? ¿Que importancia han tenido los cristianos árabes en la cultura de sus países?*

SKS: La cultura y la civilización árabes no son musulmanas. Yo soy cristiano y soy árabe. Lo musulmán también forma parte de mi cultura, del mismo modo que para un ateo español lo católico es parte sustancial de su cultura, aunque no comparta ni practique esa fe.

José Luis Orella